

algunas apreciaciones de Arturo Aldunate, incluso discrepar en ciertos puntos básicos de sus conclusiones. Pero su obra posee tal densidad de ideas y conceptos científicos y filosóficos, expuestos con riguroso método y en una prosa aligerada por el vuelo imaginativo y poético, que es de aquellas que enorgullecen al país del autor, dándole a éste la categoría que sólo logran los espíritus disciplinados en un auténtico humanismo.

MILTON ROSSEL.



*Algunos*, de GONZÁLEZ VERA.

Edit. Nascimento, 1959

SE HA DICHO, con reiteración, que González Vera, Premio Nacional de Literatura, ha llegado a moverse con maestría en las zonas estilísticas de una difícil sencillez. Se destaca, al mismo tiempo, su acuidad humorística. He ahí que tal sencillez no supone vacilaciones formales. La ausencia de palabras subalternas, ancilares, no ocasionan falta de energía y de ritmo. Tampoco la construcción sintáctica es pueril.

González Vera suele escamotear los nexos, por obra y gracia de una poda consciente, de una constante limpieza de malezas, de florecillas que, no obstante su policromía, desentonan. En sus páginas se han limado las aristas, se engastaron los vocablos, después de calibrar su peso emocional y estético. Resultado de todo ello: una prosa de gran pureza, una fácil andadura expresiva, algo así como la orquestación comedida de un lenguaje hablado, en cuya sinceridad yacen matices de belleza.

Y el humor. Diríase brotado, no de los contrastes violentos, ni de las situaciones de excepción, sino, más bien, como efluvio del vivir normal. Y este humorismo no incita a la risa. Produce complacencia, dilecciones sutiles. Sin duda, de las prosas de González Vera se expande un halo de gracia, revestida, a veces, de ironía, sin llegar al sarcasmo, dominio este último en donde el humorista se deshace a sí mismo.

No suele haber chistes en los libros de este escritor. Quizás porque el chiste exige, con frecuencia, la preparación de un escenario convencional. Su gracia es de fácil alumbramiento, de natural llegada al mundo de los hombres. ¿Acaso, en esta parcela estética, también ha ejercido meticulosas revisiones? Si así fuera, habría un mérito más que añadir. Porque el humorismo, sólo puede estilizarse, cuando su creador es de muy fina curva sensitiva.

*Algunos* es la obra más reciente de este insigne escritor. Contiene doce evocaciones de escritores. Interesante conjunto de etopeyas, concebidas de muy singular manera. Para enfocar la vida de algunos de ellos, sigue el ritmo de una experiencia vital. Es decir, los toma desde sus primeras actuaciones, para dejarlos plantados, con sus luces y sombras, en medio de nuestro orbe literario. Ahora bien, González Vera suele dar saltos en sus evocaciones, como si tratara de anudar cabos dispersos. Después, regresa al punto de partida. Y en tales meandros, en semejantes parábolas y curvas exactas, queda encerrado el personaje, libre y prisionero, conversador y silente.

Habla de Gabriela Mistral y dice: "Compra libros y, entre éstos, la primera Biblia. No hay que decir cómo la relee ni tampoco que se le convierte en libro de cabecera. Es ese lenguaje el que le gusta: áspero, aullante, trémulo, virginal. En ella aprende a tutear a Dios. La Biblia entra a su espíritu para reaparecer a su debido tiempo en su obra poética."

He ahí esbozada una de las más claras fuentes del hacer poético de Gabriela Mistral.

Y la figura humana se completa con unas pincelas: "Si en vez de consagrarse a la poesía, hubiese creado una religión, la suya sería una de las de más arrastre. Habría prosperado, aunque su templo estuviese en la cordillera y, posiblemente, ya estaría rodeado por una ciudad de numerosos habitantes."

González Vera no hace crítica literaria, pero escruta a sus personajes, como si quisiera justificar lo que hicieron. Quizás en muchas de sus palabras está la clave para entender a estos escritores.

Nos habla de "Alone", y subraya su instinto crítico: "Mérito suyo es haber sido el primero en ver cuáles, entre los innumerables libros que se editan cada año, traen algo genuino y cuáles sólo bisutería."

La figura de Augusto D'Halmar está evocada con simpatía y veracidad: "Hizo páginas logradas, sigue en la mente de los literatos y deja como firma su viejo lamento."

Rememora los avatares de Enrique Espinoza, sus múltiples experiencias. En las páginas que dedica a este escritor polifacético, están dados los elementos necesarios para construir una verdadera biografía. Formula juicios exactos en torno a la obra de Enrique Espinoza: "Acaso no llegue a ser escritor para multitudes; tal vez no interesa al lector medio, ansioso de fácil entretenimiento. Gustarán de él los que amen las ideas, quienes aspiren a la independencia que él mantiene y aquellos cuya mira son las esencias, es decir, las almas trabajadas."

Federico Gana, González Bastías, Amanda Labarca, Mariano Latorre, Baldomero Lillo, Ernesto Montenegro, Manuel Rojas y Vicente Pérez Rosales son las figuras que completan este panorama de *Algunos*.

A Manuel Rojas le dedica un meticuloso balance de rasgos vivos, recogidos, como quien dice, al pasar. De esa forma, el lector asiste, paso a paso, a la formación cabal del gran escritor. Dice González Vera que las novelas y cuentos de Rojas se adueñan de quien los lee. Merecido elogio.

Y se pregunta, al parecer, dubitativo: "¿Cuál es la virtud que impulsa a leerlos como si fueran cantos de optimismo?"

Su propia respuesta es una síntesis de doctrina estética.

VICENTE MENGOD.



*Poesía menor*, de OSCAR ACOSTA.

Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.

1 vol., de 62 págs., 25 × 18 cm.

LOS POETAS JÓVENES de Honduras, conocidos en esta parte de América, no son muchos. Quizá el lector recuerde el nombre de Jaime Fontana, cuyo *Color naval*, editado hace unos tres años en Buenos Aires, diera algo que hablar a la crítica. El de Oscar Acosta es conocido en el Perú, en donde estuvo un tiempo sirviendo la Secretaría de la Embajada hondureña. Ahora, desde Tegucigalpa, en la tierra del sabio José Cecilio del Valle, Acosta nos hace llegar un breve libro: *Poesía menor*. Lo integran unos veinticinco poemas de corta extensión, a través de los cuales se advierte la madurez lírica ya lograda por el autor.

Oscar Acosta nació en 1933, en la capital hondureña. Pertenece, así, a la última generación de poetas centroamericanos. Su voz, no obstante, parece desligada de modas y corrientes: siendo una voz moderna, se encuentra más allá de las disonancias de fondo y de forma, de las agresividades y torturas con que un gran número de jóvenes trabaja su material poético. Es una voz limpia. Limpia de consignas y de retoricismos. Humana, bondadosa y comunicativa.

Sus hallazgos parecen a ratos un poco intelectuales, mas si advertimos su trasfondo, llegamos a la conclusión de que son solamente naturales en quien la vivencia inmediata, desde la infancia, estuvo configurada por elementos contemporáneos. Tal ocurre, por ejemplo, en el poema *El teléfono*, que reza: